



MARIPOSAS

“Hola señorita Andrea, sé que nos has pedido que te hagamos una redacción sobre el poder que nos gustaría tener, mis compañeros salían de clase, ellos iban a hacerlo sobre viajar en el tiempo, ser invisible, supervelocidad...

Pero yo voy a hablarte de los héroes, pero sobre este seguro que nunca has oído hablar, es mi mamá, ella tiene todos los poderes posibles, como la supervelocidad, le da tiempo a darme un beso de buenas noches antes de irse a trabajar con las mariposas malas en el bar que hay debajo de nuestra casa, así es como mamá y yo llamamos a las personas, mariposas, aunque hay algunas malas y buenas. Mamá trabaja con las malas.

Aunque por las mañanas no puede darme un beso de buenos días, siempre me encuentro con un vaso de leche y una galleta, junto a una nota de mamá, en la que pone, te quiero.

Aunque ella a veces aparece con machas rojas en los brazos, ella dice que son besos de mariposa, un día le dije que yo también quería esos besos de mariposa, me respondió con algo muy extraño; “mi niña preciosa, luchó cada día para que jamás tengas que buscar mariposas”

Te voy a contar un gran secreto, pero prométeme no contárselo a las mariposas malas, mamá tiene el poder de hacerme invisible, un día ella se quedó conmigo en casa, estaba muy enferma y una mariposa mala del trabajo de mamá vino a nuestra casa, estaba haciendo mucho ruido en la puerta y antes de que entrara en casa, mamá me contó ese secreto, y es que, ella tiene el poder de hacerme invisible, me echó unos polvos mágicos por la cabeza y dijo: “para que seas invisible, tienes que quedarte muy quieta y no hablar, si sigues estas indicaciones las mariposas te harán invisible”

Después de decir eso me escondió en el armario, ahora era invisible, pero yo sí que podía ver todo lo que ocurría, mamá se olvidó de cerrar del todo el armario, así que por una rendija vi como entraba un señor muy grande, era casi tan grande que llegaba al techo, se acercó a mamá, pero su cara era muy fea, estaba roja, parecía que el señor estaba muy enfadado, él tocaba muy fuerte a mamá, como si quisiera hacerla daño

Mis ojos se empezaron a llenar de lágrimas, él decía: “te crees que tienes algún derecho a no venir al bar a trabajar porque no quieres”

No me gustaba nada ese señor, decía muchas palabrotas, mamá siempre dice que eso no está bien, ella no paraba de decir: “lo siento, lo sie...” dejó de hablar porque el señor tan grande como el techo no la dejó seguir hablando, la dio tan fuerte en la cara que pensé que jamás podría volver a hablar con ella.

El hombre malo siguió hablando: “ponte un buen escote y como hoy no consigas propina, le vuelvo a dar tu sueldo a Adrián, que sí que se lo merece, no como tú” antes de que mamá pudiera decir nada, la mariposa mala cogió a la mariposa buena del pelo y se la llevo a rastras, mientras mamá salía por la puerta pude ver como una de sus alas se rompió.

Después de que se fuera no quería dormir en la cama, sin mamá, así que me quedé en el armario. Esa noche soñé con las mariposas, las buenas acababan con las malas y nunca más se les volverían a romper sus bonitas alas”

-Bueno Eva, ahora que has leído la carta, queda claro porque he tenido que convocar esta reunión contigo.

Al dejar la carta en el escritorio, tuve que meter las manos en los bolsillos de mis vaqueros, no paraban de temblarme, el sudor frío bajaba por mi frente, no podía tener un ataque de pánico aquí mismo, delante de la profesora de mi hija, no después de que ella también hubiera leído la carta.

- ¡Ay, Andrea, ya sabes cómo son los jóvenes! Por supuesto que es mentira, ya sabes como a Laia le encanta imaginar y viajar a sus mundos.

La mirada de la profesora seguía siendo desconfiada, no podía dejar que alguien se metiera en mis problemas, no necesitaba ayuda, lo podía manejar yo sola.

- ¿Estás completamente segura? No sé si sabes que en el centro contamos con un programa de ayuda a familias con problemas domésticos-respondió Andrea.

Cuando acerco su mano por encima del escritorio para poder tocarme el brazo, me levante rápidamente de la silla.

-Me parece totalmente fantástico, pero yo no lo necesito, estamos completamente bien, así que si no hay nada más importante adiós, Andrea.

Antes de salir del despacho, recogí la carta de la mesa y salí de ahí. Nada más salir, mi móvil empezó a sonar y era lo último que necesita para acabar de romperme, pero necesitaba seguir en pie, así que deslice el botón verde de la pantalla y contesté.

- ¿Sí?

-Tienes que venir inmediatamente a trabajar, hoy te toca turno doble, el camarero tiene dolor de estómago y no va a poder venir, cubres tu su turno- Me dijo mi jefe.

Ni siquiera me dio tiempo a responderle, ya había colgado, tuve que tragarme mi ira, no era justo, siempre que he tenido problemas de salud, me ha amenazado con despedirme si no acudía, y tampoco era justo que de todos los empleados, fuera yo la que siempre tenía que hacer el trabajo de mis compañeros. Espero que esta vez, por lo menos, me pague los dobles turnos que tengo que hacer cuando mis compañeros no pueden.

Mientras esperaba al autobús, en la parada, solo estábamos un señor y yo, este, no apartaba los ojos de mí, unos ojos llenos de lujuria, cuando empezó a acercarse, todas mis alertas internas empezaron a saltar.

-Hola, guapa. No esperes al autobús, yo te puedo llevar donde quieras- Intentó hacer el amago de tocarme el brazo, así que empecé a retroceder.

-No, gracias, enseguida llega el autobús- al alejarme, él se acercó más, yo daba un paso atrás y él dos hacía delante.

-Vamos guapa, que así no tienes que esperar- respondió mientras se pasaba la lengua por los labios y sonreía de medio lado.

Ese gesto, no me gustó nada, me recordó tanto a mi jefe. Cogió mi brazo con firmeza y tiró de mi tan fuerte, que sentí que mi cuerpo se volvía de porcelana y se rompía y como si de un milagro se tratase el autobús se estaba acercando, él también lo vio, por lo que me soltó el brazo y antes de echar a correr dijo:

- ¡Sí no quieres problemas, no te vistas como una puta!

Me miré a mí misma, simplemente llevaba una camiseta de manga corta con unos vaqueros. Cuando subí al autobús, todas las preguntas llegaron a mi mente como bombas destructoras y otra vez el temblor, el sudor frío, no podía respirar.

¿Es mi culpa? Inspira. Expira. ¿Me lo merezco? Inspira. Expira.

El autobús paro en mi destino, no tenía tiempo para avisar a Laia, de que no podía ir al parque con ella hoy, se lo llevaba prometiendo dos semanas.

Así que cruce esa puerta negra, que tanto me conocía, fue hacia la zona de vestuarios, donde mi jefe me esperaba.

-Llegas tarde, tienes que hacer el turno de noche también, así que vamos.

-Pero eso son más de doce horas, no puedo dejar tanto tiempo a mi hija sola.

El estaba apuntó de salir por la puerta, pero se quedó quieto, muy quieto.

- ¿Qué has dicho? -Me respondió mientras se giraba, con los puños apretados.

Volví a repetirlo, nunca le había negado nada, porque sé que, si lo hacía, me quedaba sin trabajo. Lo último que me esperaba fue que empezará a reírse, muy fuerte, pero no una carcajada de alegría, sino una de advertencia.

-Madre mía Eva, que graciosa estas hoy, por supuesto que lo vas a hacer, de hecho me has enfadado tanto, que te daré la mitad de lo que ganes hoy, y como sigas así, sabes lo que va a pasar, ¿verdad? Vas a ganar, lo que te mereces, ¡Nada! – Me cogió de la coleta y me sacó de los vestuarios, no sin antes tirarme el delantal a la cabeza.

No podía más, no puedo, no podía respirar.

Corrí lo más rápido que nunca, mientras le escuchaba a el chillar, corrí, corrí y sin saber cómo, si fueron mis piernas que sabían que necesitaban ayuda, o tal vez fueron los moratones en los brazos, o igual fue que en el fondo de mí, sabía que no podía sola, que necesitaba ayuda.

Así que sin saber porque, o sabiendo perfectamente porque, acabé entrando en el despacho de la profesora de mi hija y dije lo que necesitaba soltar.

-Necesito ayuda.